

si éste es igual que el del público
que te obsequia con la grita,
y no escuches las lisonjas
que los *amigos* te digan:
mira que todos aquellos
que en los fracasos animan,
ó quieren dar la castaña,
ó tienen muy poca vista.

EL GAVILÁN Y LA PALOMA

—Hija, por Dios, tú eres tonta
ú estás á pique de serlo
cualquier tarde.

—¿Pero á ustez
qué se le importa de too eso?
¿Le importa á ustez mucho?

—Nada.

—¿Me toca ustez algo?

De rompe y rasga—7

—Menos.

—Es usted la reina madre
ú el ministro de Fomento
pa que yo le dé á usted cuenta
de mis aztos?

—No.

—Pues bueno:

¿á qué viene usted entonces
con gaitas y mosconeos
talmente como si yo
fuese una chica de pecho?
¿No ve usted que me han salido
los dientes de arriba y puedo
andar sola por el mundo,
sin necesitar consejos
de nadie?

—¡Gracias!

—¡Señora,

si es que se está usted poniendo

más pesada que el arroz
desde hace ya mucho tiempo!
¿Digo yo algo porque usted
saque un jornal de uno ó medio
pa vivir, aligerando
bolsillos y corrumpiendo
hijas honrás de familia
pa que se fastidien luego
sin que haiga un padre siquiera
que la rompa á usted un hueso?
¡En jamás me habrá usted visto
mover los labios! ¿Me meto
en que usted ande poniéndole
la cabeza al señor Pedro,
á ca paso, propiamente
lo mismo que un monumento
de complicá, ni en que usted
lleve la ropa de adrento
de medio luto, sin que haiga

tenido usted ningún muerto
en la familia?

—¡Jacoba!...

—¡Si es verdaz, señá Remedios!

—¡Pero ven acá, que tienes
desarquilao el cerebro
y hay que meterte las cosas
con cucharón en el cuerpo!
¿Qué te digo yo, so bestia,
pa que me salgas con esos
insultos, cuando debías
besar donde yo me siento?
¿Que te digo yo? Na más
que verdades como templos.
¿No es una mala vergüenza
que trates con ese escuerzo
de Pacorro, que, además,
de que te desforma el cuerpo,
se llena el cuajo á tu costa,

porque no ha tenido un céntimo
en su vida, ni siquiera
por dónde le venga?

—¡Bueno!

¡Lo dirá usted!

—Y lo dice

too aquel que tenga dos dedos
de frente. No da coraje
que una mujer de tu mérito,
con más hombres á su rabo
que chinches en catre viejo,
y con dos manos que son
la envidia del barrio entero,
esté á las rebafiaduras
de otra mujer, por un méndigo
que no pesa dos adarmes
desde los pies hasta el pelo?
¡Por amor de Dios, Jacoba!
—¡Miente usted!

—¡Cómo que mientol

Pues qué, no sabe too Cristo
que Pacorro y la Consuelo
te denigran siete veces
por semana cuando menos?
¿Es un secreto pa nadie
que el matiné y el pañuelo
de crespón con que presume
por verbenas y paseos
ese pingo, se han compraó
con el sudor de tu cuerpo?
¿Hay en Madriz quien iznore
que la otra noche estuvieron
los dos juntos en un baile
de la plaza del Progreso,
y que se ajuntó la gente
al ponerse á bailar ellos
pa ver las oncenidades
que hacían?

—¡Señá Remedios!...

—¿No se han retratao en grupo,
cojidos ya no recuerdo
si de la mano ú de dónde,
aunque es muy fácil el verlo?
¿Y no le ha dao ella un par
de calzoncillos de precio
con un rótulo que dice:
¡Olé y viva lo moreno!
bordao en las dos pretinas
á sadeneta? Pues eso
me se figura que basta
pa sospechar por lo menos
y pa arañarle á ella el cutis
y pa arrancarle á él...

—No quiero

contestarle á ustez, señora,
porque conozco mi genio
y vamos á armarla.

—¡Ay, hijal

¡Cuando querrá Dios del cielo
que te se caiga la venda
y veas lo que toos vemos,
pa que no hagas en el mundo
el papel que estás haciendol
A tí lo que te conviene
tener, es un hombre serio
y con posibles, que pueda
satisfacer tus deseos,
y no un pelambre como ese
que te está tomando el pelo
ca cinco minutos. Mira:
yo conozco un caballero,
que es amo de un negocio
de no sé cual menisterio
y si tú le hicieras cara,
me jugaba yo el pescuezo
á que te ponía igual

que á una princesa, de osequios
y demás porque tie cerca
de ocho mil riales de sueldo
y no repara en el gasto
cuando le gusta un objeto.

—Bueno, mire ustez, señora:

ni á mí me hacen falta osequios
de ningún hombre, hoy en día,
ni me se importa un pimiento
de toos esos líos árabes
que me viene ustez metiendo.

¿Que se va con otra Paco?

Pues no me ofende por eso,
que yo me como la carne
y ella se roe los huesos.

¿Que él se mantiene á mi costa?

Pues que le haga buen provecho,
porque á mí me engorda mucho
lo que él se mete en el cuerpo.

Y en fin, señora, él es libre
y yo, á Dios gracias, no tengo
que ir á darle cuenta á nadie
de lo que hago ú lo que pienso...
Y ya hemos hablao bastante
y ya se está ustez saliendo
pa el arroyo, si no quiere
que la zumbé el medio cuerpo
de abajo.

—¡A mí...

—¡Me parecé!

—Te iba á pesar!

—¡Ya lo creó!

Pero habiendo agua en el mundo
y jabón, too tiene remedio.

—¡Quita de ahí, so... mansal.

—¡Brujal

—¡Jacoba!

—¡¡¡Señá Remedios!!!

SEGUIDILLA

Se parecen las hembras
á las colil'as
en que aquél que las fuma
luego las tira,
y en que, á la postre,
no falta un colillero
que las recoge.

CONSULTA

Á PEPE LÓPEZ SILVA

De un apuro muy grave sácame presto
y dispensa, Pepito, si te molesto.
Es el caso que en casa de mi casera
y contándole chismes á la portera
suele estar cierta chula muy descarada,
pero divinamente confeccionada,

de finísimo cutis, pelo castaño,
ojos que te escudriñan hasta el redaño,
formas (probablemente) muy rebonitas
y dientes como perlas chiquirrititas...
en fin una chulapa de rechupeta,
¡lo mejor de la calle del Sombrerete!
Tocante á laboriosa no hay quien la iguale,
que acepta la *Pelona* cuanto le sale,
y lo mismo te zurce, porque es mafiosa,
que te pone ribetes á cualquier cosa.

Pues bien, sabrás que el tuno del dios ven
sin reparar siquiera que estoy casado, [dado
hace que me derrita con la *Pelona*
por los cuatro costados de mi persona.
Mas como yo no tengo nada de chulo,
quiero que tú me digas con disimulo,
ya que de chulerías, amigo Pepe,
sabes tú más que el chico de las de Lepe,
cuáles procedimientos son los mejores

para salir triunfante de estos amores.

Yo le escribí una carta muy fina, pero
excusado es decirte su paradero.

¡Si se la hubiese escrito con *aspereza*
de seguro me libro de tal baja!

A llamarme inexperto no te propases,
que he tenido amoríos de varias clases.

Aun cuando siempre he sido corto de vista
tuve presa en mis redes á una corista

hija de Peñaranda de Bracamonte
y hermanastra de leche de un polizonte.

Me enamoré más tarde de una beata
cordobesa, robusta, soltera y chata.

He sido luego amigo de una marquesa
que se volvía loca por la frambuesa,

y hasta me he enamorado de una palurda
ilustrada con pecas, gangosa y zurda

que sostuvo conmigo sus relaciones
á fuerza de pellizcos y de empujones.



Pero ante una chulapa, querido Pepe, me expongo á no escaparme sin un julepe, y te ruego me indiques en un romance cómo salgo con vida de aqueste trance; porque si hablo á la chula de poesía y la llamo de pronto «Pelona mía,» comparando el cariño que la profeso al amor de las aves del bosque espeso, puede que se figure que es un bromazo y me rompa las gafas de un puñetazo.

Conque con tu sandunga fascinadora y sin frases que escamen á mi señora, ¡sácame de este apuro, sácame presto... y perdona, Pepito, si te molesto.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

Á JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

¡Oh, qué casualidad, querido Pérez!
A esa ilustre *Pelona* la conozco,
porque fui quince días su *fulano*
con el número ciento treinta y ocho.
¡Soberana mujer! Algo guasona
y una *mijita* aficionada al mosto,
pero puedes quererla, por que vale
más dinero que pesa, y digo poco.
¡Valiente busto aquél! ¡Qué redondeces!
¡Qué ojazos y qué cutis! Y qué tonto
me tuvo el medio mes que *andemos* juntos
por cafés y tabernas y ventorros,
ya comiendo riquísimas tostadas,
ya libando aguardiente sustancioso

ó contándonos cuentos inocentes,
con su fin moralito casi todos!

.

Pero no divaguemos, noble amigo,
que resulta pesado ya el exordio
y estoy viendo á Sinesio echando chispas,
no obstante su carácter bondadoso.

—

Haciéndote el doctrino me preguntas,
á vuelta de floreos y piropos
(que debo agradecer, aunque sospecho
que son *guayaba* pura), de qué modo
te querrá la *Pelona*, cuyas plantas
no seré yo quien bese. ¡Antes el morbo!
Y aunque la niña es frágil como pocas
y tú has sentado plaza de buen mozo,
no sé qué contestar á tú consulta,
porque el caso es difícil, ¡qué demonio!

Lo práctico sería, por ejemplo, ir y decirla así, con malos modos, echándose el sombrero hacia delante y guiñando un poquito cualquier ojo: «A mí me *escachifollan* las cositas que se trae ese cuerpo saleroso, y *esijo* que me de usted su palabra de honor, si puede ser, de que aquí sólo *tié* voz y *autoridaz* este presbítero.»

Ella contestaría: «¿Sí?... ¡¡Tampoco!!» (que es el *timo* de moda). Pero entonces la replicabas tú con mucho aplomo: «Oiga usted, corazón: la vía pública no es el sitio ó lugar más apropiado pa tratar ciertas cosas; conque vámonos á cualquier *restaurante* que esté *prósimo*, por que tengo yo siempre dos pesetas pa hacerla á usted un *osequio*, pero en gordo.»


Esto, querido Zúñiga, es lo práctico;

pero ¿adónde vas tú con los anteojos
y ese timbre de voz de arcángel huérfano
y ese aspecto de niño candoroso?

Comprendo que conquistes fácilmente,
porque tienes ingenio y gracia y... todo,
muchachas con blasones, chicas cursis,
doncellas de labor, niñas del coro;
pero mozas *cañís*, de pura sangre,
sin mezcla de algodón... ¡límpiате, tonto!

Esas quieren barbiantes que no sepan
lo que es educación ni por el forro,
y que den ahora un beso y en seguida
una tanda de coces ó *mamporros*,
porque ellas no comprenden el cariño
que no hace cardenales en los ojos.
Huye, pues, de contarla tus fatigas
verbalmente, si tienes amor propio,
y envíala esta carta, que con ella
por lo menos el éxito es dudoso:

«Apreciable *Pelona*: Desde el día en que la *vide* á usted, yo no sé cómo tengo toda esta parte (la cabeza), pero el caso es que estoy hecho un *cerrojo* y hago veinte burradas *ca* minuto sin poderlo evitar. Lo cual que todo se arregla en un *istante* si usted dice: «*Olé ya,*» *verbo en gracia*. Con el mozo que lleva la presente puede darme razón del *resultao*, clarito y pronto *pa* saber de una vez si voy á Ceuta ó á su casa de usted. De cualquier modo, tengo que hacer aquí dos *salvedades* que no estarán de más, como supongo: primera, que yo sé que usted es casada, cosa que *pa* mi *asunto* importa poco, y segunda, que gasto una *herramienta* con seis muelles de música y un rótulo que dice: «¡Soy de un guapolo!» *pa* cortarle



la nuez al que se quiera poner moños.
Conque no canso más; usted no *iznora*
que puede disponer, siempre á su antojo,
de su *afetismo* amigo que le aprecia.
El Zúñiga. Madriz treinta de Agosto.»

Si te dice que sí, quiérela mucho,
mas toma precauciones para todo,
y si te da un sofión, bendice al cielo,
que no te quiso hacer chulo apestoso.

¡ PLANCH A !

—¡Adiós, amigo! ¡Caramba,
dichosos sean los ojos!

¿Qué tal vamos?

—Bien.

—Me alegro.

—¿Y usted? (¡Quién será este prójimo!)

—Yo estoy como si dijéramos
entre Pinto y Valdemoro;
ya me entiende usted. ¡Recontra!
¡Cuidado, que está usted gordol
¡Vaya un pecho y una espalda
y un cogote y unos morros!

—¿Pero usted por quién me tema?

—¡Dice que por quién le tomol
Por el gatera más grande
que come pan.

—¡Poco á poco,
señor mío!

—¡Tiene gracial
¡Qué bien disimula el zorro!

—No me dé usted así en el vientro,
que me hace usted daño, ¡conchol!

—¡Si es en bromal!

—¡Pues ni en bromal!

—Pero, hombre, ¿dónde demonio

se mete usted por las noches?

—En la cama.

—¡Qué chistosos!

Este diantre de hombre tiene

contestación para todo;

andaluz al fin y al cabo,

y, como andaluz, gracioso.

Ya no irá usted por la timba

de la plazuela del Biombo,

donde levantaba aquellos

cadáveres tan hermosos,

¿verdad? ¡Cómo pasa el tiempo!

—¡Yo á la timba!

—Lo supongo,

porque usted le vió las puntas

de las orejas al lobo,

y cuando el gato se escalda...

Tampoco vamos nosotros

desde el jueves; por supuesto

que ahora jugamos al *golfo*
allí, en casa, yo, Gutiérrez,
Aspitarte y Lucio Polo,
pero per pasar el rato,
porque se atraviesa poco,
que á fin de mes ya se sabe
qué pelaje tienen todos.
¡Ah! Que sea enhorabuena;
ya sé que va usted con ocho
á Clases pasivas.

—¡Hombre!

—Me lo dijo Villalobos
hace tres ó cuatro noches
junto al Tívoli. ¡Buen momio!
Ahí sí que estará usted al pelo,
porque usted no es de los tontos
que se matan trabajando
para que descansen otros;
y hace usted divinamente;

no sería usted mal bobo
si gastara el tiempo en balde
teniendo un padrino gordo.
En las oficinas públicas,
para no pasar por congrio,
hay que hacer lo que usted hacía
en la Caja de Depósitos:
ir á las dos de la tarde,
fumar del tabaco de otros,
hablar mal de todo Cristo,
dormirse como un cachorro
y llevarse luego á casa,
con la mar de desahogo,
dos ó tres ó cuatro resmas
de papel de barba, pongo
por hurto.

—¡Qué disparates!

—¡Los objetos de escritorio
que habrá tapado aquel célebre

carrik de color de plomo
que le quitó usté á Rodríguez!...
¡Pobre Rodríguez! Aúa lloro
de risa cuando me acuerdo
del mes de Enero horroroso
que pasó con el chaquet
de lana dulce sin forro.
--¡Pues la cosa tiene gracia!
—¿Que si tiene gracia? ¡A chorros!
¡Cuántas vueltas da este pícaro
mundo de un momento á otro!
Parece un sueño que usté,
con esa cara de tonto,
haya sido aquel mancebo,
sin vergüenza y revoltoso
que se enredó con la esposa
del pobre don Heliodoro,
el jefe, para acabar
por empeñárselo todo

en dos días.

— Oiga usted:

ya estoy hasta el mismo moño
de escucharle á usted esa serie
de animaladas. Los locos
se quedan en su casita
ó se van á un manicomio,
porque si no, están expuestos
á que les salten un ojo.

—¿Pero habla usted seriamente?

—Muy seriamente.

—¡Demonio!

—Ni yo le he visto á usted nunca,
ni sé quién es Villalobos,
ni he levantado cadáveres
en la plazuela del Biombo,
ni estoy en Clases pasivas,
ni me hace falta; de modo
que me importan tres cominos

esas historias.

—¡Reconcho!

¿Pero usted no es Paco Andrade?

—No, señor; soy Luís Orozco.

—¡Hijo, pues usted dispense,
le he tomado á usted por otro!

¡Caray, si no me interrumpo
con tiempo, bueno le pongol

—¿Más?

—Como que iba á decirle
cuatro verdades de á folio.

¡Qué vergüenza! Usted perdona.

—Sí, señor, que le perdono,
pero ha estado usted muy cerca
de mamarse un susto gordo.

QUISICOSA

Ayer sorprendió Quirós
á su mujer con Quifiones,
y encomendándose á Dios
fué y les dijo: ¡¡Indecentones!!
(Que es como el que tiene tos
y se compra unos mitones.)

Del libro LOS MADRILES

De rompe y rasga—9

SOBRE EL HONOR

—Supongamos que vas y que sorprendes á la Julia con otro de tu seso hablando de sus cosas en tu propio domicilio social, es un ejemplo, y que tú eres un hombre con vergüenza, probidaz, amor propio y lao izquierdo:

¿qué es lo que haces entonces, Severiano, si ves que te hollan el hogar doméstico?

—Enfadarme.

—¡Pa chasco que empezaras á bailar la cachucha ú el bolero al verte difamaol

—Es que no dejas que acabe de omitir mi pensamiento. Digo que me enfadaba y en seguida llamaba á la pareja, con ojezto de cortarles la acción y de que vieran que este cura en jamás se mama el dedo. —¿Y qué ibas á sacar en consecuencia obrando de ese modo?

—Lo primero ponerlos en ridículo delante de personas extrañas, Eluterio, y además, evitar el que la Julia me ensuciara otra vez el nombre.

—Y luego

dar pie para que cuatro sinvergüenzas,
de esos que gozan con el mal ajeno,
además de llamarte Severiano
te añidieran un mote de mal género,
y para que después, al ver la Julia
tu falta de carácter y de seso,
continuara poniéndote hecho un asco
el nombre y el honor.

—¡Anda salero!

¿Pues qué había de hacer? ¿Iba á matarla?

—¡Eso es lo natural y lo derecho,

que pa limpiar la honra, si está sucia,

no hay mejor quitamanchas que el acero!

—Es cuestión de carácter.

—¡De carácter!

¡Es cuestión de carácter y de...

—Bueno,

¿pa qué vamos á entrar en discusiones?

Si tú lo ves así, yo no lo veo.

—Pues no tienes vergüenza ni decoro,
ni eres hombre ni vales cinco céntimos.

—¡Cuidao con lo que dices!

—Lo que he dicho
te lo repito en cualesquier terreno.

—¡Hombre, bien! ¿Es decir, que si uno piensa
de otro modo que tú ya tiés derecho
pa inferirle un insulto y provocarle?

—No señor.

—¡Pues á ver!

—Es que yo aceto
que individual ú coleztivamente
se opine cualquier cosa con respeto
á religión, ú á toros ú á marina,
ú á lo de la dizteria, (vulgo el suero);
pero que un hombre, al parecer, que pasa
por la flor de lo guapo y de lo serio
se trague ciertas cosas con paciencia

y forme del honor ese conceto,
francamente, remueve, Severiano.

—¿Y qué le vas á hacer si ése es mi genio?

—¿Pero no te se sube á la garganta
toda la hiel que tienes en el cuerpo,
ni te se arde la cara de coraje
tan solamente de pensar en ello?

¿O has perdido la lucha en pocos días?

¿O es que no tienes sangre?

—Sí, la tengo,

y me da mucha rabia porque el azto
es ofensivo, antilegal y onceno;
pero de ahí á matar á una persona
como á una res vacuna, por ejemplo,
va mucha diferiencia. Y sobre todo,
¿qué saca el hombre con quitar de enmedio
á la mujer adulta?

—¡Mucho!

—¡Ni agua!

Lo que sacó Quintín el cerrajero
con mi hermana Cirila, que esté en gloria.

—¡Pobre Quintín!

—Quintín era un sugeto
guapo, como el que más, por toos estilos,
y honrao, trabajador y cincuspezto,
sin otras afeciones que su fragua
y su mujer que le tenía ciego,
porque ya sabes tú que la quería
como quieren muy pocos, Eluterio.

—¡Así le dió ella el pago!

—También ella
era mujer de nobles sentimientos
y adoraba á Quintín, pero la pobre
tavo una mala idea y otra luego,
porque aquel indecente de Romualdo
(¡Dios le haiga perdonao!) la sorbió el seso,
y á pesar de que en varias ocasiones
como hermano la dí sanos consejos

y la dije: «Ya que hagas ciertas cosas, obra con seriedad y ten talento», dejó que se enterase todo el mundo, y tú ya sabes lo que vino luego.

Vino que tu mujer fué con el chisme al taller de Quintín, en el momento más indicado para que él se convenciese, porque era fácil comprobar el hecho, y que entonces Quintín cogió una faca, cegao por la vergüenza y por los celos, y loco de coraje salió echando hiel por la boca y por los ojos fuego, y...

—Ya sé lo demás: que al ver el pobre su honor y su alegría por el suelo, puso en la punta de la faca su odio y los mandó abrazaos á los infiernos.

—¡A traición!

—¡Claro está! Pues ¿que querías?

¿Que el hombre hubiera andao con mira-

[mientos

en un caso como ése?... ¡A los cobardes
se les mata á traición, como á los perros!

—Está bien, pero yo sigo en mis trece.

¿Qué adelantó Quintín con hacer eso?

Ir á presidio.

—Pero está en presidio

mas honrao que otros muchos que andan

[suelos

—¡Pamplina pa el canario! Esas son cosas
de dramas y novelas, Eluterio,
pero no de la vida. Hoy el que tiene
tan siquiera un adarme de talento
hace la vista gorda. Yo conozco
mas de cuatro individuos que lo han hecho,
y puedo asegurarte que da gusto
ver cómo están de gordos y de buenos.

—¿Y la mancha?

—¡Qué mancha ni qué musical

Tan manchao se está fuera como dentro
mientras no se descubra algo más práztico
que el jabón y la greda y el acero.

—Discurres poco más que una alpargata.

—En cambio tú discurrees algo menos.

Es cuestión de carázter.

—¡De carázter!

Es cuestión de carázter y de...

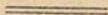
—Bueno,

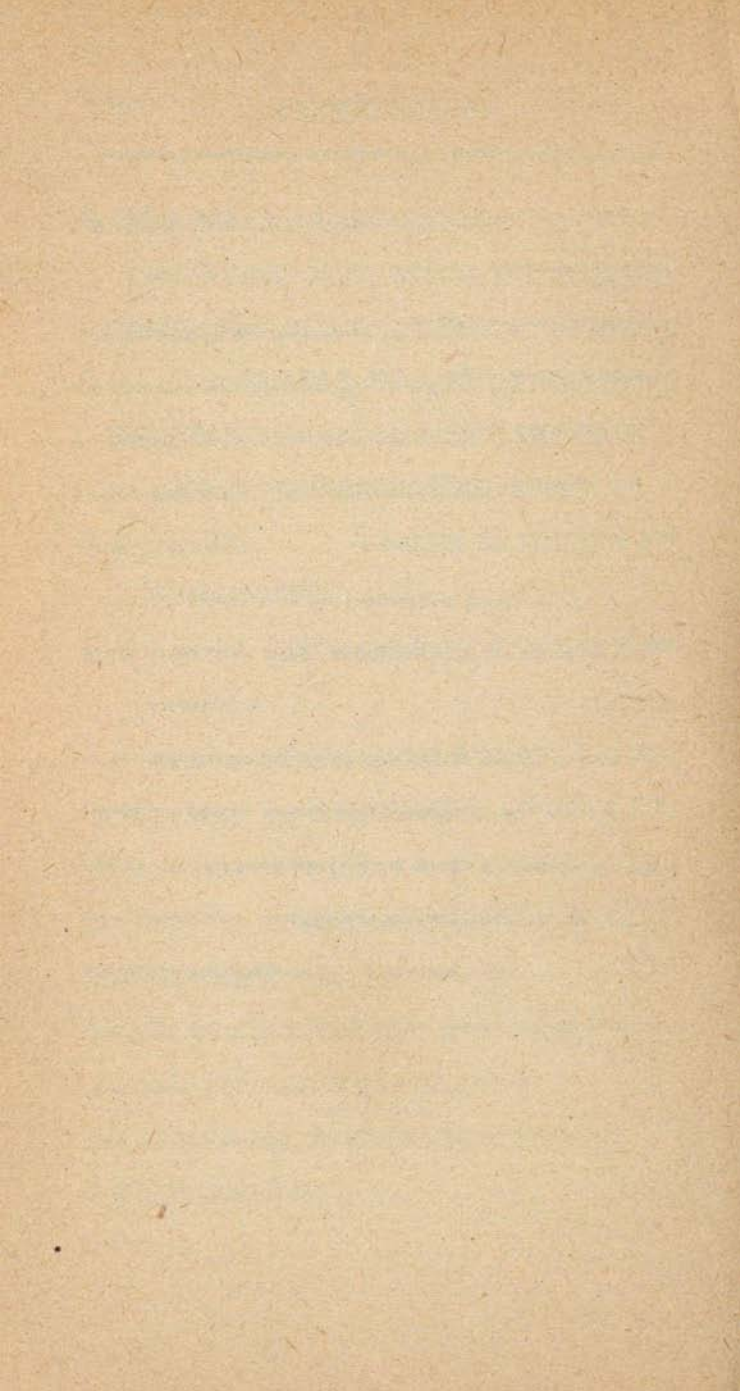
¿pa qué vamos á entrar en discusiones?

¿Tú aplaudes á Quintín? Pues buen prove-
pero no gastes faca por si acaso... [cho;

—¡Ya sé lo que he de hacer!

—Es un consejo.





¡OH, EL TRABAJO!...

Estando ayer tarde
con Paco Verdejo,
cóngruo esclarecido
y oficial perpetuo
de la distinguida
clase de primeros,

no sé si de Estado
ó si de Fomento,
ó si de la Deuda,
ó si de Correos,
me habló *latamente*
de los sufrimientos
y de los vejámenes
á que están sujetos
los pobres que tienen
cargos del gobierno,
y así me decía
con sentido acento
que partía el alma,
dando como ejemplo
lo mucho que sufren
donde él *gana* el sueldo:
—Vamos á las once,
(más bien más que menos),
y, como es costumbre,

desde aquel momento
son pocos los que hacen
cosa de provecho.
Uno dice chistes,
otro cuenta cuentos,
ora verdecitos,
ora deshonestos,
otro da patadas
en el pavimento,
éste pinta *monos*
en trajes ligeros,
aquél hace coplas
(malas, por supuesto),
y hay quien juega al tute,
quien canta flamenco,
quien duerme la siesta
después del almuerzo
y sobre el pupitre
ronca con denuedo,

quien *echa* discursos
quien habla de cuernos
quien hace el borrico
y el gato y el perro,
y hay quien tira migas
á sus compañeros,
y quien tira pullas
y quien tira *huesos*.

Los más se divierten,
trabajan los menos,
y yo, que procuro
no dar mal ejemplo,
no me mortifico,
ni escribo, ni leo,
ni zanjo expedientes
ni estudio, ni pienso.
¿Que juegan mis *cólegas*?
Pues yo también juego.
¿Que gritan? Yo grito.

¿Que duermen? Yo duermo.
Y de esta manera
pasamos el tiempo
sin choques, ni piques,
ni desasosiegos.
—¿Y hacen eso todos?—
le dije á Verdejo.
Y el hombre repuso:
—¿Todos? ¡No por cierto!
Hay primos que toman
las cosas en serio,
y echan, trabajando,
los bofes y el tuétano.
Ahí está Regúlez,
que es un pobre viejo
con catorce chicos
y un pulmón deshecho,
y aunque sabe el hombre
que él será el primero

que fenezca, el día
que haya movimiento,
trabaja lo mismo
que un picapedrero.
—Pero, hombre, ¿y los jefes?
—pregunté de nuevo.—
¿Por qué no corrigen
tamaños excesos?
Y él siguió: —¡Qué jefes
ni que niño muerto!
Los jefes imitan
á los subalternos,
y grandes y chicos,
y malos y buenos,
cobramos la nómina
y ¡vamos viviendol
Quedé pensativo
por breves momentos
y luego me dije

para mi colete:

¡Esto es vergonzoso!

¡Esto clama al cielo!...

¡Pero quién tuviera

ocasión de hacerlo!



UN POLITICO

—¿Tú qué eres?

—Republicano

de Orcasitas.

—¡Buena idea!

¿Y qué adelantas con eso?

—Lo que tú con ser de Illescas.

¡Vaya unas preguntas que haces!
Adelanto que si llega
un día, que pué que llegue,
de que triunfe nuestra idea
y sube Pí, ú Salmerón,
el Esquerdo ú el que sea,
pué que me hagan algo.

—Sí,

pué que te hagan...

—Cualisquiera

que te oiga hablar de ese modo,
de seguro que se piensa
que yo, dentro del partido,
soy cuasi un cero á la izquierda,
y no lo soy, porque el hombre
que ha tirao toda su hacienda
por la causa, me parece
que es alguien aquí y en Cuenca,
y que tié occión á que el día

de mañana se le atienda,
si no en efeztivo, al menos
en algo que se parezca.

—¿Pero qué estás ahí ladrando
y á qué la das de eminencia,
si no has tenido en tu vida
dos miserables pesetas?

—¡Hombre, bueno, muchas gracias!
Que esa ojección me la hiciera
cualquier extraño, pase,
porque no hay nadie que tenga
bien mirao, la obligación
de saber vidas ajenas
pero que tú, por ejemplo,
te haigas atrevido á hacérmela
de esa forma, conociéndome,
parece una cosa fea.

—Tú sabrás por qué.

—Primero.

porque un amigo de veras
no debe hacerle á otro amigo
jamás una acción como esa,
y segundo, porque faltas
á la verdaz á sabiendas.

—¿De modo que miento?

—Claro.

Dí, ¿no has sido tú albacea
de mi padre que esté en gloria?

—Sí.

—¿No estuviste tú cerca
del pobre, en el mismo instante
de que perdió la conciencia
de sus aztos y le dieron
las cuatro náusias aquellas
antes de morir?

—Estuve

sentao á su cabecera.

—¿No cerrastes tú sus ojos?

—Uno na más.

—Los que fueran.

—El otro, si no me engaño,
se lo cerró la Teresa
por lo sufrido que en vida
fué tu buen padre con ella.

—¡Valiente brutal!

—En efezto.

sí que recuerdo que lo era.

—Pues recordando esas cosas
tan bien, ¿cómo no te acuerdas
de que al fallecer mi padre
me entregastes tú de herencia
deciseis duros y un fuelle
de fragua, que en mala venta
me produjo, á los tres días
de morir él, seis pesetas?

—Bueno, pero el fuelle estaba
hipotecao.

—La hipoteca
del fuelle, que como sabes
importaba una miseria,
no la pagué, con ojezto
de que luego no dijeran,
y como además mi padre
tuvo la sabia ocurrencia
pa no serme muy gravoso
de morir en la Princesa,
la conducción del cadáver
me costó una friolera,
porque fué englobao con otros
en el furgón.

—¡Qué vergüenza
pa tít!

—Pa mí no, pa el pobre,
que fué con la gente aquella
más inferior en talento
y en posición y en guapeza.

Pero, en fin, aquí se trata
de probarte á tí con pruebas
que yo he tenido en el mundo
muchas veces dos pesetas
y rifiones pa gastármelas
con la república, ú sea
con la nación.

—Bueno, bueno,
apúntate las que quieras!

—Haz el favor de escucharme
con un poco de pacencia.

Mira: cuando el movimiento
de Badajoz, por más señas,
yo, Celedonio Menéndez,
le remetí á Asensio Vega
noventa riales y un mazo
de puros pa que pudiera
dar el grito. ¡Yo Menéndez!
Lo cual que desde esa fecha,

cuando yo digo una cosa,
la hace too dios de cabeza
en el comité, y lo puedes
averignar cuando quieras.
Luego estuve sufragándole
la mantención á un corneta
emigrao, más de ocho días,
y Pí me escribió una esquila
diciendo que así se portan
los ciudadanos de veras.
Y últimamente he podido
perder hasta la pelleja,
porque si en lo de Septiembre
no salí con los de Albuera
y Garellano, toos saben
que fué por la coincidencia
de tener la carabina
empeñá con otras prendas,
y de que la Udosia estaba

de mi chica la pequeña,
y no era cosa tampoco
de darla un disgusto en esas
circunstancias.

—Muy bien hecho.

—Ahora dime con franqueza
si un sujeto tan costante
y tan aznegao que llega
hasta á vivir del honrao
trabajo de su parienta,
por no dejarle la causa
tiempo material siquiera
pa ocuparse de su oficio,
tié occión á una recompensa
si sube Pí ú Orcasitas,
ú Salmerón ú el que sea.

—Lo menos que deben darte
es un obispao cualquiera.

—Tanto no, pero cartero

de esos de las bicicletas
ú concejal, sí que deben
hacerme si tien vergüenza.

¿No te parece, Severiano?

—¡Que han de hacerte á tí, so acémila
si vales próximamente
lo que un catre de tijera!

—¡Bah, ya has levantao las ancas!

—Y no te rompo dos muelas
ú tres, pa que te acostumbres
á hablar con personas serias,
porque conocí á tu madre
antes de que tú nacieras,
y al pegarte á tí me haría
daño en mi propia conciencia.

—¡Muchas gracias!

—A tu madre.

A mí no me lo agradezcas.

PREDICAR EN DESIERTO...

—Ultimamente, usted, como es su madre, puede usted ponderar á la Cirila y decir que es más guapa que la Virgen y más honrá que la Cibeles misma, porque una madre, aunque esagere un poco, siempre esta disculpá, señora Isidra;

pero el hacer que yo cargue con ella,
ni más ni menos que si fuera una lila,
eso no puede hacerlo en este mundo
ni usted, ni Dios, ni el capitán Ariza.

—No comprendes mi idea.

—Por lo mismo
que la comprendo á usted, señora Isidra,
contesto así.

—¿Pero es por si acaso
digo yo que te cases con la chica?

—Es usted una mujer demasiao seria
pa decir semejantes tonterías.

—¡Pues entonces!

—Señora, hablemos claro,
como se debe hablar: es que hoy en día
su muchacha de usted no me conviene
ni casá, ni soltera, ni azderida.

—¿Por qué, Miguel?

—Por dos ú tres razones

—Ten la bondad, si quieres, de decírmelas.

—La primera es que no me da la gana,
y las otras...

—Las otras no las digas,
que basta la primera pa probarme
que serás un ahorcao toda tu vida.

—¿Qué es lo que dice usted?

—Lo que has oído.

—Bueno, suénese usted, señora Isidra,
y haga el favor de oír cuatro palabras
sin dirigirme frases ofensivas,
porque aunque uno venera á los ancianos
y tenga educación, eso no quita
para que en cierto modo, si se terciá,
pueda ponerle á usted la mano encima.

—¡Y un jamón además!

—En fin, continuo,
si es que me deja usted.

—Por mí, continua.

De rompe y rasga—11

—Yo he tenido la suerte ú la desgracia de usufrutuar un año á la Cirila, más bien que por aprecio á su persona, por complacerla á usted, que no tenía más delirio que el cruce de la sangre de las dos ramas; pero usted, que es viva, tiene que saber ya, prázticamente, que el hombre que conoce á la Cirila por la primera vez, no se arregosta á volver á tratarla.

—Otros podrían decirlo con razón, porque no siempre puede ser la mujer consecutiva; pero tú, descastao, que la has tenido á la pobre mujer de noche y día propiamente lo mismo que una burra, porque has hecho con ella hasta herejías; tú, que la has obligao á ciertos aztos sin sentido común (que á mí podías

habérmelos mentao, pa haberte roto
toos los dientes de abajo y los de arriba),
¿qué tiés tú que afearla?

—Muchas cosas.

—¿Cuálas?

—Principie usted porque la chica
es un sí es ú no es frígil

—No te entiendo.

—Lo siento de verdaz, señora Isidra,
porque no hay otro modo de decirlo
sin faltar al pudor.

—Pues no lo digas,
Miguel, que, poco más ú poco menos,
carculo el disparate que dirías.

—Luego, además de frígil, se conoce
que le tiene reparo al agua fría,
y suele suceder que menosprecia
su aseo personal una mijita.

—Esa falta, si lo es, la habrá aprendido

de tí, Miguel, porque ella era bien limpia cuando tú prencipiastes á tratarla.

—Quizás que sí; pero hay, señora Isidra, cosas que son un don en los varones y en las hembras son una porquería.

—Tú mientas los defeztos, pero poco te se ocurre decir que mi pobre hija ha estao sacrificá bajando al río too el invierno, criando y sin camisa, pa llenarte el zurrón y pa que nunca te faltase tabaco ni bebida.

—Oyéndola á usté hablar, cuasi parece que me ha estao manteniendo de rositas, como si yo no hubiese hecho por ella cosas que valen más que la comida.

—¡Tú que has de hacer!

—Y sobre too, señora, lo que está usté diciendo son pamplinas, porque habiendo indicao yo claramente

que no me hace el avío la Cirila
hoy por hoy, lo que se hable del asunto
es gana de gastar tiempo y saliva.

—No te oceques, Miguel, y reflexiona
con reposo lo que hagas.

—Bueno.

—¡Mira

que está loca por tí la pobre, y puede
que le cueste el pellejo la noticia!

—Lo que sobra en el mundo son pellejos,
y no se ofenda usted porque lo diga.

—¡Si no lo haces por ella, ten entrañas,
y hazlo por esa pobre inocentita!

—Dígaselo usted á Paco, el colchonero,
que él tiene más apego á la familia.

—¿Es decir que te niegas?

—Me parece.

—¡Pues ojalá que estés toda tu vida
casao con una bruta sin vergüenza

que te ofenda seis veces cada día!

—Tendré conformidaz.

—Y tendrás...

—Eso

no es de cuenta de usted, señora Isidra.

NUESTROS MENDIGOS

—Tú chilla too lo que quieras,
pero, de hoy en adelante,
la noche que no me traigas
lo menos catorce reales
de recolección, te pongo
la cara como un tomate

y además duermes al raso
por besugo.

—¡Pero, padre,
si es que no hay quien dé dos céntimos
aztualmente!

—Es que no vales,
bien tasao, ni tan siquiera
lo que costó cristianarte.

—¡Vaya una patá!

—¡Reconchol

—¡Pues es claro! ¿Usté qué sabe?
Como usté se está too el día
de Dios tumbao en el catre
y no pone usté hace un siglo
las pezuñas en la calle,
se piensa usté que los pájaros
maman, y no maman, padre,
porque ahora no hay tantos pipis
que den limosna como antes,

y los poquitos que quedan
ya tienen otros carázteres.
Hoy en día va usted y dice
que se le ha muerto su madre,
ú que tié usted la cangrena,
ú que está usted muerto de hambre,
ú lleva usted en cualquier remo
una llaga de las grandes,
de esas barnizás y todo,
y viene á ser, cuasi cuasi,
como tocarle á un difunto
el hizno de Garibaldi,
porque no tropieza usted
ni con un dios que se ablande.
Yo he sido ciego un porción
de veces, como usted sabe,
y he salido con lesiones
como no las saca nadie,
porque me las ha hecho siempre

el más périto en el arte;
yo he andao la mar de tiempo
al arrastra por las calles
de Madriz, con un pedazo
de suela en salva la parte,
y hasta he tocao la bandurria
con la uña del dedo grande
del pié, pa probazr que estaba
dislocao, pero no ostante,
en jamás he recojido
arriba de nueve riales,
ni creo que haiga en el mundo
quien saque más.

—¡Vamos, cállate
y no relinches, que á veces
da no sé qué el escucharte!
¿No tienes ahí á tu hermana,
que es una chiquilla cuasi,
y ya saca lo indecible

todas las noches que sale?

¿Cuándo se viene tu hermana

sin un duro por delante?

¡Nunca en jamás! porque tiene

tan delicado el carácter

que si hay, por casualidad,

un día que no lo saque,

no viene á dormir á casa,

de vergüenza.

—¡Mia qué lance!

¡Si yo fuera de su seso

pué que también lo sacase,

pero salga usted, que es hombre,

y á ver los milagros que hace!

—¿Quién, yo?... ¡Quítate la boina

cuando mientes á tu padre,

que es el non pus de los méndigos

de toda España!

—¡Quizaque!

—¡Pero ven acá, berzotas!
¿Podrás tú nunca dejarles
á tus hijos, si los tienes,
porque ni aún para eso vales,
un nombre ilustre en el gremio
y una casa y dos solares,
como yo dejo á los míos
el día que Dios me llame?
¡Como no les dejes lumbre!
—U lo otro.

—¡Qué has de dejarles!
¡No digas mientras yo aliente
que tienes la misma sangre
que yo, porque nos calunias
á mí y á tu pobre madre,
y ensucias el apellido
de Ruiz.

—¿Quiere usted callarse,
ú es que le queda á usted cuerda

pa un rato?

—Pa media tarde,
si se me antoja.

—¿Sí? Bueno;
entonces que usted descanse.

—¡Venga usted aquí!

—¡De verano!

—¿Pero ande vas?

—A la calle.

—¡Oye!

—¡No me da la gana,
que es usted muy bruto, padre!

POESIA PURA

AL ALCANCE

DE CUALQUIER CHICO DE LETRAS

.
.

Mientras la fulgente luna
trémulamente ríela
en la límpida corriente
del arroyo que serpea

entre grupos aromosos
de alelíes y azucenas...
(¿Eh? ¿Qué tal?) Mientras la fuente,
sin saber por qué, se queja
y en los frondosos naranjos
y limoneros gorjean
los canoros ruiseñores,
tras de la escondida reja
del cortijo, casi oculta
por tupida enredadera,
suelta sobre el albo seno
la lustrosa cabellera,
y sin apartar la vista
del camino de Mairena,
suspira y llora Lolilla,
Lolilla la cortijera...

.
.

(¡Qué final tan redondito

y que descripción tan bella!

Si no es esto poesía,

que venga Dios y lo veal)

.
.
.

Ahí va la segunda parte,
que tampoco está mal hecha.

.

Hacia el olivar cercano
confasamente resuenan
los dulcísimos acordes
de una sonora viuhela;
óyese después el eco
de una granadina tierna,
y al escucharla Lolilla,
Lolilla la cortijera,
que desconsolada gime
tras de la escondida reja,

separa con febril mano
la tupida enredadera,
y al ver junto á los olivos
del camino de Mairena
la silueta de su Curro,
que hacia el cortijo se acerca,
lanza un grito de alegría
y exclama: ¡Bendito seas:

.
.

(Aquí hay color y sabor
y sentimiento y... etcétera...
¡Ah! ¿Que la cosita es cursi?
Bueno, pues cositas de éstas
han dado nombre á un sinnúmero
de calabazas rellenas;
y no atestiguo con muertos,
que ahí están... ¡detente, lengua!)

UNA CONQUISTA

—¿Lo jura usted?

—Yo no juro

nunca en jamás de la vida,
porque soy salmeroniano;
pero basta que yo diga
que se venga usted esta tarde
conmigo á la romería,

sin cuidao de que la ponga
ningún dios la mano encima,
pa que cierre usté ese pico
y se dé usté por vencida.
Usté se piensa que aquello
va á ser una juerga ilícita,
de esas que hay, donde el decoro
de las señoras peligra,
y si se figura usté eso,
está usté equivocadisma.

—¿Habla usté en serio?

—¡Pa chasco!

Allí va á haber alegría,
y expansión, y zaragata,
y guitarreo, y bebida,
y se moverán las lenguas
y habrá también su mijita
de baile, y nos montaremos
en el *Tío vivo* en seguida

que se coma, porque es claro
que allí no vamos á oír misa;
pero se hará con respeto,
y educación, y política,
porque todas son personas
bien educadas y finas,
en lo que cabe.

—¿Van duques?

—No van duques alma mía,
gracias á Dios, pero, en cambio,
va gente muy conocida
en las ciencias y las artes
y el comercio y la melicia.

—¡Quite ustedé el pistón!

—No quiero
quitarlo, porque es la fija.
Y pa que ustedé se convenza,
eso se prueba enseguida.
Mire ustedé: primeramente

va la Asunción, una chica
que tiene en Puerta Cerrada
colegio de señoritas,
ó, hablando como se debe,
que es profesora de niñas
cuando casi pué decirse
que está mamando entoavía
Va Simona, la bollera
que está junto á la Latina,
y que gana con los bollos
un porción, porque hoy en día
no hay más que uno en el oficio
que la eche la pata encima.
Va el señor Lucio, el fuellero
y Benizno el espadista
y uno que estuvo de cabo
con el capitán Ariza,
y que es, además de sastre,
corredor de amas de cría

cuando no hay trabajo, y otros
cuantos amigos y amigas
que, aunque no tién tanto viso,
saben ser personas diznas.

Es decir, que solamente
falta que usted se decida
y se baje con nosotros
y engruese la comitiva,
pa que sea la pradera
del Santo canela fina.

Conque ¿qué dice usted, gloria?
—¿Qué quiere usted que le diga?
Que creo que estoy haciendo
mucha falta allí.

—¡Muchismal!

Primero pa que á este cura
no le mate la penita;
y tenga que irse del mundo
en lo mejor de su vida,

y segundo, pa que rabien
muchas personas de envidia
al ver que llevo á mi vera
la flor de la chulería.

—¡No es pa tantol!

—Si tuviésemos

los dos relaciones íntimas
la daba á usté así, en la geta
por embustera, hija mía.
¡No dice que no es pa tantol...
y se trae usté dos niñas
en esos ojos de á cuarta
que no hay dios que lo resista,
y una boca zalamera
que está pidiendo caricias
á too trance, y una hechura
de cuerpo que, si se mira
con intención, le dan ganas
á uno de irse á la manigua

pa no verla á usté en el mundo.

—¡Mucho cuidao con el clima,
que es muy maleano y se vuelven
los hombres como sardinas!

—Según las naturalezas.

—¡Puede ser!

—¡Vamos, madrinal...
no me tome usté los bucles,
y á ver si hay una mijita
de formalidaz. ¿Bajamos
juntos á la romería,
ó me compro el féretro?

—Hombre,
si va usté á perder la vida
porque yo no baje, bueno,
bajaré.

—Lo cual se estima.

—Pero tenga usté presente
que si alguien se estralimita,

doy media vuelta y me vuelvo.

—Ya lo sé: loca perdida.

¿Dónde voy á usted á buscarla?

—A la calle de Zurita,
número cuarenta y siete.

—¿A qué hora?

—A la que usted diga.

—Bueno, pues á la una en punto
voy, usted baja en seguida,
tomamos una manuela
que nos lleve hasta la ermita,
buscamos á los amigos,
pasamos como en familia
la tarde, hasta que anochezca,
luego volvemos pa rriba,
usted se queda en su casa
y yo me quedo en la mía
(que es la de usted), y si resulta
que hay cruce de simpatías

y usted es una mujer libre,
quie decirse que continuan
las relaciones, y *laus*
el dedo, ú como se diga.

¿No es verdaz?

—¡Valiente rana
va usted á ser, si no hay sequía!

—¿De veras?

—¡Me se figura!

—¡Chóquela usted, guasa viva!

—¡Quite usted, mala persona!

—¡Adiós sangrel...

—¡Adiós, gurripa!

.
.

—¿La has camelao?

—¡Me parecel

—¿Y va á dir?

—De coronilla.

—¿Qué tal se presenta?

—Un poco

guasona.

—Esa se rechifla.

—¡Quizaque! pero tú déjala que tome un par de copitas y que pruebe el escabeche de atún, y que yo la diga, mientras bailamos un chotis, cuatro cosas de las mías, y á morir.

—¡Pue que la yerree!

—Así prencipió la Bizca, y antes de las dos semanas estaba ya conmovida.

—¡Qué suerte tienes, Marcelo!

—¡Son mis cualidades físicas!

FIN

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
Autobiografía..	5
Máximas, reflexiones y consejos.	17
Madrileñerías.	21
El que hace un cesto.	27
Entre aficionados..	33
Interrogatorio..	39
Sermón perdido.	45
Nuestros artistas..	51
Un escaló.	57
Las mamás del coro..	63
Un juerguista.	69

	<u>Págs.</u>
Del natural.	79
Lances del juego.	89
Consejo.	95
Ei gavilán y la paloma.. . . .	97
Seguidilla.	107
Consulta.. . . .	109
A Juan Pérez Zúñiga.	113
¡Plancha!.	119
Quisicosa.	127
Sobre el honor?	131
¡Oh, el trabajo!	141
Un político.. . . .	149
Predicar en desierto.. . . .	159
Nuestros mendigos.	167
Poesía pura al alcance de cualquier chico de letras.	175
Una conquista.. . . .	179



COLECCIÓN DIAMANTE

TOMOS PUBLICADOS

1. *R. de Campoamor*. Doloras, 1.^a serie.
2. Doloras, 2.^a serie.
3. Humoradas y cantares.
4. Pequeños poemas, 1.^a serie.
5. Pequeños poemas, 2.^a serie.
6. Pequeños poemas, 3.^a serie.
7. Colón, poema.
8. Drama Universal, poema, primer tomo.
9. Drama Universal, poema, segundo tomo.
10. El Licenciado Torralba.
11. Poesías y Fábulas, 1.^a serie.
12. Poesías y Fábulas, 2.^a serie.
13. *E. Pérez Escrich*. Fortuna.
14. *A. Lasso de la Vega*. Rayos de luz.
15. *Federico Urrecha*. Siguiendo al muerto.
16. *A. Pérez Nieva*. Los humildes.
17. *Salvador Rueda*. El gusano de luz.
18. *Sinesio Delgado*. Lluvia menuda.
19. *Carlos Frontaura*. Gente de Madrid.
20. *Miguel Melgosa*. Un viaje á los infiernos.
21. *A. Sánchez Pérez*. Botones de muestra.
22. *J. M. Matheu*. ¡Rataplán!
23. *Teodoro Guerrero*. Gritos del alma.
24. *Tomás Luceño*. Romances y otros excesos.
25. *L. Ruiz Contreras*. Palabras y plumas.
26. *Ricardo Sepúlveda*. Sol y Sombra.
27. *J. López Silva*. Migajas.
28. *F. Pi y Margall*. Trabajos sueltos.
29. *E. Pardo Bazán*. Arco iris, cuentos.
30. *E. Rodríguez Solís*. La mujer, el hombre y el amor.
31. *M. Matoses (Corzuelo)*. ¡Aleluyas finas!
32. *E. Pardo Bazán*. Por la España pintoresca (viajes).
33. } *A. Flores*. Doce españoles de brocha gorda.
34. }
35. *José Estremera*. Fábulas.
36. *Emilia Pardo Bazán*. Novelas cortas.
37. *E. Fernández Vaamonde*. Cuentos amorosos.
38. *E. Pardo Bazán*. Hombres y mujeres de antaño.
39. *J. de Burgos*. Cuentos, cantares y chascarrillos.
40. *E. Pardo Bazán*. Vida contemporánea.
41. }
42. } *Jacinto Labaila*. Novelas íntimas.

43. *Fr.ª Sarasate de Mena*. Cuentos vascongados.
44. *F. Pi y Margall*. Diálogos y Artículos.
45. *Charles de Bernard*. La caza de los amantes.
46. *Eugenio Sué*. La Condesa de Lagarde.
47. *Rafael Altamira*. Novelitas y cuentos.
48. *J. López Valdemoro*. La niña Araceli.
49. *Rodrigo Soriano*. Por esos mundos...
50. *Luis Taboada*. Perfiles cómicos.
51. *B. Pérez Galdós*. La casa de Shakespeare.
52. *J. Ortega Munilla*. Fifina.
53. *F. Salazar*. Algo de todo.
54. *Mariano de Cavia*. Cuentos en guerrilla.
55. *Felipe Pérez y González*. Peccata minuta.
56. *Francisco Alcántara*. Córdoba.
57. *Joaquin Dicenta*. Cosas mías.
58. *J. López Silva*. De rompe y rasga.
59. *Antonio Zozaya*. Instantáneas.
60. *José Zahonero*. Cuentecillos al aire.
61. *Luis Taboada*. Colección de tipos.
62. *Beaumarchais*. El Barbero de Sevilla.
63. *Angel R. Chaves*. Cuentos de varias épocas.
64. *Alfonso Karr*. Buscar tres pies al gato.
65. *Francisco Pi y Arsuaga*. El Cid Campeador.
66. *Vital Aza*. Pamplinas.
67. *Antonio Peña y Goñi*. Río revuelto.
68. *Enrique Gómez Carrillo*. Tristes idilios.
69. *Nicolás Estévez*. Calandracas.
70. *V. Blasco Ibáñez*. A la sombra de la higuera.
71. *A. Dumas, hijo*. La Dama de las Camelias.
72. *Joaquin M. Bartrina*. Versos y prosa.
73. *Francisco Barado*. En la brecha.
74. *Luis Taboada*. Notas alegres.
75. *Xavier de Montepin*. La señorita Tormenta.
76. *Antonio Zozaya*. De carne y hueso.
77. *Xavier de Montepin*. Muerto de amor.
78. *Conde León Tolstói*. Venid á mí.....
79. *Alfredo Calderón*. A punta de pluma.
80. *Enrique Murger*. Elena.
81. *Luis Taboada*. Siga la broma.
82. *Laura Garcia de Giner*. La Samaritana.
83. *Cyrano de Bergerac*. Viaje á la luna.
84. *Eugenio Antonio Flores*. ¡Huérfana!
85. *Iván Tourgueneff*. Hamlet y Don Quijote.
86. *Alicia Pestana (Caïel)*. Cuentos.
87. *Angel Guerra*. Al sol.
88. *T. Dostoiewsky*. Alma infantil.

2 reales tomo





1063220



60984 81800